

»astuciosos tratos como su Alteza con toda la cepa »Real de su descendencia se vaya á poner debaxo »de su mano, é á su mandado é gobernacion en la »villa de Béjar, para que ni tengamos Rey que nos »ampare, ni sombra que nos cubra, ni abrigo que »nos defienda; en tal manera, que quando á ellos »agradare, nosotros los leales seamos puestos á cu- »chillo sin reparo, é asi nuestra lealtad será sojuz- »gada por traycion, y ellos reputados por leales. Pues »ciertamente, Señores, asi es necesario é cumple que »resistamos su partida, y de tal guisa defendamos »á nuestro Rey, que nunca lo consintamos llevar en »captiverio; ca dura cosa seria, seyendo como so- »mos unos criados suyos é antiguos, é otros subdi- »tos naturales celadores de su servicio, consentir »tan grand maldad, y dexarnos desabrigrar sin ex- »perimentar nuestras fuerzas é poner á ello las ma- »nos. Asi que, concluyendo, digo que será cosa con- »venible y loable hazaña que antes como varones »nos perdamos, que como ovejas destrozadas nos »despojen de la vida.» Oyda aquesta habla, todos quedaron muy contentos, y tanto conformes en ello, que sin replicato ninguno, asi los Alcaldes de la Hermandad, como los otros criados é servidores del Rey, aviendo por muy bueno lo que asi les era dicho, determinadamente deliberaron de lo hacer é poner luego por obra. Para lo qual fué luego acordado que primero con mucha humildad fuese suplicado al Rey que dexase la partida, é quando por suplicacion no lo quisiese hacer, que con mano armada le fuese resistida. E asi fueron diputadas quatro Alcaldes de la Hermandad, que por parte de todo el Reyno fuesen primero á se lo suplicar, é le notificasen como su partida era peligrosa para su Real persona é de su cepa Real, é grande perdicion de sus Reynos; é donde no lo quisiere hacer, que protestasen de le resistir la partida, é no consentilla por ninguna manera. Luego que aquestos fueron oídos é propusieron su embaxada, fueron en pos de ellos de los criados é servidores del Rey otros quatro Diputados, que eran Frey Arias de Rios, Comendador de Bamba, é Juan Guillen, Guarda mayor de la Reyna, é Martin Galindo, hijo mayor de Juan Fernandez Galindo é yo, para que de parte de sus criados é servidores é de toda la gente de sus guardas, le suplicásemos lo mesmo que los Alcaldes de la Hermandad. E asi llegando delante de su Alteza con otros algunos caballeros, é señaladas personas que nos acompañaban, dieron á mí el cargo de proponer, y dixen: «Tantos insultos y tan grandes é tan disolutos yerros se han ensayado contra »la Real persona de vuestra Excelencia, que aque- »llos nos hacen sospechar otros mayores males; é »asi mesmo, Señor, avemos visto quantos tratos han »mandado de que ninguna conclusion ni ningun medio de paz se ha tomado, ni se espera segun la »muchedumbre de las mentiras que en tanto grado »han prevalecido; por donde medio alguno de concordia no se debe atender. E como ya lo pasado »nos da sospecha de las cosas adelante venideras »qué tales podran ser, y del fruto que de lo tal se

»puede seguir, todos los vasallos é criados é servi- »dores de vuestra excelsitud tememos, é los que »agora sospechamos de esta partida, que vuestra »Alteza quiere hacer para Béjar, donde parece que »inconsultamente por voto de dos ó tres parciales y »enemigos suyos, se va á poner en las manos de »aquellos que tan crudamente le han tratado con »sus lenguas, é disolutas obras. E no solamente que »vuestra Real persona vaya á su poder, mas toda »la cepa Real de vuestra descendencia, de que otros »muy grandes y mas perversos males se podrian »cabsar y crecer. Por lo qual muy humildemente »con quanta reverencia podemos una é muchas ve- »ces le suplicamos quiera é tenga por bien de cesar »su partida; porque de aquella no solamente redun- »dará peligro en la persona Real de vuestra Mage- »stad y de toda su sangre Real, mas en la vida de »todos aquellos que con lealtad lo han servido é se- »guido; protestando, que si todavia quiere insistir »en la partida, que la resistiremos con todas nuestras »fuerzas, fasta poner las manos en los que lo con- »trario de aquesto le quisieren aconsejar é procura- »ren desde el mayor estado hasta el menor.» Acabado mi habla, quanto quiera que al Rey le agradaba lo que asi le suplicabamos, se apartó con algunos de su Consejo para tomar su acuerdo é deliberacion con ellos de lo que se debía hacer. Pero como algunos de ellos eran parciales del Marqués de Villena, votaron é diéronle por consejo que todavia se partiese, y que á nosotros respondiese que su partida era muy necesaria, é era cosa muy cumplidera á su servicio. Oyda aquesta respuesta, é divulgada entre los criados é servidores del Rey, é por las gentes de sus guardas, é por los Alcaldes de la Hermandad, é visto como su partida se aceleraba muy prestamente, se pusieron todos en armas en tal manera, que la villa fué muy alborotada, dando favor á la Hermandad, é á los criados é servidores del Rey, con las guardas. Entretanto que asi andaba el alboroto, el Arzobispo de Sevilla é la Condesa de Plasencia con un capitan suyo, que se llamaba Pedro de Hontiveros, con trescientos rocines cabalgaron á mas andar, é se pusieron de la otra parte del rio enfrente del Alcazar, esperando al Rey que saliese con la Reyna é con la hija é con la hermana, para llevarlas consigo. E como el Rey salió por la puerta del Alcazar, que está sobre el rio, fue muy grande el escándalo de la gente por todo el pueblo, disciendo á grandes voces, «que llevan al Rey preso.» E luego sin detenimiento alguno salió toda la gente de la villa, asi de á caballo como de peones armados, disciendo, «mueran, mueran los traydores, que llevan preso al Rey»; en tal manera, que llegados con muy grand furia, cercaron al Rey en torno, de tal guisa, que no pudo de salir de entre ellos. E como aquesto vieron el Arzobispo de Sevilla y la Condesa de Plasencia é su capitan, que esperaban al Rey, ovieron tan grand temor, que sin detenimiento ninguno se fueron huyendo é mas andar hasta la villa de Yllescas, donde estaba el Marqués de Villena y los otros Señores con el Príncipe,

á quien ellos llamaban Rey. Los quales á la misma hora se partieron aceleradamente, é pasaron los puertos para la villa de Arévalo. Hecha la resistencia, y estorbada la partida del Rey, y tornado al Alcazar, é con él sus servidores y criados con los Alcaldes de la Hermandad y gentes de las guardas que alli estaban, pusieron luego tan grand recabdo de guardas enderredor del Alcazar, que ninguno podia entrar ni salir sin que fuese visto, y sabido á que venia ó iba; de tal forma, que los tratos de la una parte á la otra no tuvieron lugar de andar. Y asi todos puestos como en cerco suplicaron al Rey que su Alteza mandase que ciertos hijos-dalgo é personas de autoridad de los que alli estaban entrasen en el Alcazar, para que juntamente con el Alcayde estuviesen en la guarda de su Real persona y de la Reyna y de su hija é su hermana, lo qual el Rey tuvo por bien; é asi deutados los que avian de estar, y entrados en el Alcazar, levantaronse de allí donde estaban en el campo; é de tal guisa los que entraron en el Alcazar pusieron recabdo, que ni el Rey podia enviar tratos, ni los caballeros á él. De aquesta resistencia fueron muy alegres é contentos los servidores é caballeros del partido del Rey, asi por la libertad de su persona Real, como por la seguridad de sus propios estados é vidas, que sin duda fueran destruidos, si el Rey fuera á Bejar en poder de sus enemigos; porque la principal causa que á los tiranos movia á llevar al Rey en su poder é tenello de su mano, era aquella. E por esto luego que la resistencia fué hecha, vinieron allí á Madrid algunos Señores de su partido, señaladamente Don Luis de la Cerda, Conde de Medina Celi, é Don Pedro Gonzales de Mendoza, Obispo de Calahorra, que avia grand tiempo que estaba fuera de la Corte; por cuya venida el Rey fué muy alegre é contento; porque parecia estar su persona Real con mas abtoridad. Estonces avido su Consejo, determinaron que el Rey se partiese para Segovia.

## CAPÍTULO XCII.

De lo que sucedió despues que el Rey se partió para Segovia.

Pasados algunos dias despues que el Rey ovo llegado á la cibdad de Segovia, vino allí Pedro de Hontiveros, disciendo que por parte de los caballeros tiranos traia cierta contratacion. Pero aquello era falso; porque el fin de su venida fué tratar con Pedrarias de Avila la traycion é vendida de aquella cibdad, que por su secreto mensagero les avia profenido de dar. Y así como su venida era agena de lo que él fingia traer, se tornó sin conclusion alguna; porque ya las cosas de la paz é sosiego se iban de continuo empeorando, é tanto las novedades crecian de cada dia é las trayciones se multiplicaban, que un hombre de baxo estado, que se llamaba Pedro de Silva, aviendo rescibido mercedes de la Reyna, cuya era la villa de Olmedo, é teniendo la gobernacion de ella por su mandado, porque era casado con una doncella suya, pospuesta la vergüenza, ensuciando su linage, é envilesciendo su persona con

Cr.—III.

nombre de traydor, vendiéndola á los tiranos desleales, é dióles entrada por un postigo del muro, que estaba junto con su casa; donde luego los caballeros con su Rey, que descian, se vinieron allí á aposentar. Sabido aquesto por el Rey, é avido su deliberado acuerdo, envió á llamar al Marqués de Santillana, que viniese con la mas gente que pudiese traer; el qual obedesciendo su mandado, vino con quinientos rocines, y se aposentó en una aldea que se dice Sanct Christoval, que está media legua de Segovia. E así aposentado, envió á descir al Rey que pues su Alteza queria servirse de él como de leal caballero que siempre le avia sido, que para seguridad de su estado, é de sus hermanos é parientes que lo avian de servir, le diese en rehenes á su hija. E quanto quiera que sobre ello ovo algunas diferencias, al fin él gela ovo de entregar en esta manera, que salió con su hija hasta la subida del puerto, y el Marqués salió á la rescibir, donde le fué entregada. E así tomada de su mano, la dió á Don Inigo Lopez de Mendoza, Conde de Tendilla, su hermano, que la llevase á Buytrago, é la tuviese en grand guarda, y el Marqués con toda su gente se fué á Segovia. Donde venido, él y el Obispo de Calahorra, su hermano y el Conde de Medina Celi comenzaron á entender en la gobernacion y cosas del Consejo. Pero segun aquellas subcedian, y se iban empeorando, fué acordado que el Rey con toda su Corte se fuese á la villa de Cuéllar, y que la Reyna y la Infanta Doña Isabel se quedasen allí en Segovia. La ida del Rey á Cuéllar pareció ser cosa necesaria, así por mostrar que se acercaba contra sus enemigos, que estaban en Olmedo, como por hacer espaldas á los de Medina del Campo, que de continuo peleaban contra el Alcayde de la Mota, que estaba por el Arzobispo de Toledo rebelado contra el Rey. E luego que así fué llegado á Cuéllar, vinieron ciertos escuderos de la villa de Medina del Campo á demandar ayuda é socorro é amparo contra el Alcayde que los perseguia y hacia grandes daños desde la fortaleza, porque se diesen al Príncipe, rey que se descia. Oyda su habla y la necesidad con que venian, el Rey con aquellos caballeros de su Consejo acordó de los ir á socorrer, pero entretanto que el socorro les iba, les dixo que estuviesen á buen recabdo, é se barrease la villa, por manera que no rescibiesen daño alguno. Tomado aqueste acuerdo, é dada forma de ir á socorrer aquella villa, porque no la sefioreasen los enemigos, llegó Don Pedro de Velasco secretamente por mandado del Conde su padre, suplicando al Rey que le perdonase si algun deservicio ó enojo le avia fecho; porque en enmienda é satisfacion del hierro pasado le queria venir á servir con quatrocientos hombres d'armas é trescientos ginetes condicionalmente, que todavia fuese á socorrer á Medina del Campo porque no se perdiere; de lo qual fué el Rey muy contento, así con su venida para lo servir, como por la proferta que traia, vista la necesidad en que estaba y quanto era su venida provechosa. E así regradesciendole mucho el deseo con que venia é la proferta que le daba, mandóle

luego se fuese á recoger su gente é que se bolviese muy presto. El luego el Rey se tornó á Segovia, donde mandó recoger toda la gente de sus guardas y la de los otros caballeros que allí eran venidos á su servicio; é así mesmo mandó llamar á los otros que tenía por suyos é se avian proferido de venir á servirlo por las mercedes que les avia fecho. Entre los quales principalmente envió á llamar á Don Garcia Alvarez de Toledo, Conde de Alva, é mandó á mí que fuese á él de parte suya con carta de creencia. Al qual llegado, despues de muchas hablas que entre él é mí pasaron, respondió que estaba muy alcanzado é en grand necesidad de dinero, así para pagar alguna parte de su gente, como para otras cosas que avia menester; que si su Alteza lo mandase socorrer con medio quento de maravedis, que lo iría luego á servir. De lo qual tomada por mí su fee é palabra que así lo faría, dixé que enviase conmigo su Camarero, é que le haría dar recabdo de aquello que demandaba; é luego me torné para el Rey. Al qual recontando lo que el Conde pedía, dixo: «Bien sé é soy certificado que él no ha de venir; mas porque no parezca que dexo con él de cumplir en no darle lo que demanda, yo mando que luego se le dé»; é así fué dado á su Camarero, que conmigo avia venido.

## CAPÍTULO XCIII.

Como los de Medina del Campo demandaron socorro al Rey por el peligro en que estaban; é venido Don Pedro de Velasco con su gente, fué acordado de ir á socorrer á Medina del Campo.

Entretanto que la gente se allegaba, los debates de Medina del Campo contra el Alcayde de la Mota se avian de tal manera, que cada día llegaban á pelear unos con otros, donde peligraban de cada parte; pero los de la villa tenían ciertas Iglesias fortalecidas alderredor de la Mota, donde se defendían, é resistían las salidas de sus contrarios á la villa. E como el Príncipe Don Alonso, rey que se descia, estaba en Olmedo con los caballeros é Perlados de su partido, daban favor é hacían espaldas al Alcayde de la Mota, é los de la villa no solamente estaban con temor, mas en grand peligro que una noche vernían de salto é darian sobre ellos é los destruyrían de tal guisa, que la villa quedase del todo por ellos, y los que tenían la voz del Rey quedasen destruydos. E así iban de continuo mensageros al Rey, dándole priesa que los viniese á socorrer antes que sus enemigos viniesen á dar en ellos, é quedasen robados y echados fuera de sus casas; pero el Rey que atendía la venida del Conde de Alva, según la fee é la promesa que avia dado, é á Don Pedro de Velasco, respondía que se defendiesen, que él sería muy presto con ellos. En aqueste medio tiempo llegó Don Pedro de Velasco á la villa de Cuéllar con los setecientos rocines que avia prometido al Rey é con asaz peonage; donde llegado, el Duque de Alburquerque y él escribieron al Rey que pues la venida del Conde de Alva se dilatava, suplicaban á su Alteza que se viniese luego con sus

guardas é con aquellos señores que allí estaban, para que socorriesen á los de Medina del Campo antes que los enemigos diesen sobre ellos é los destrozasen. Estonces el Rey se partió de Segovia á mas andar con el Marqués de Santillana y el Obispo de Calahorra, é Don Juan é Don Hurtado sus hermanos, é toda la gente de sus guardas, é mandó que la Reyna é la Infanta su hermana se quedasen allí, é Juan Guillen con cierta gente en su guarda. Llegado el Rey á Cuéllar, fué acordado que otro día siguiente se partiesen camino de Medina, é que su ida fuese por delante de Olmedo. E quanto quiera que el Rey lo estorbaba por excusar la batalla, y que se fuesen por otra parte, el Marqués de Santillana y el Duque de Alburquerque é Don Pedro de Velasco y el Obispo de Calahorra é Juan Fernandez Galindo, capitan del Rey, como estaban ganosos de pelear contra sus enemigos, insistieron todavia de pasar por allí, y así con aquella deliberacion se partieron de Cuéllar con toda su hueste, ordenadas muy bien sus batallas, y aquella noche se fueron á aposentar al monte de Hiscar. Estando allí aposentados, casi á la media noche llegó un Rey d'armas secretamente al Duque de Alburquerque de parte de Don Alonso de Fonseca, Arzobispo de Sevilla, haciéndole saber que quarenta caballeros hijos-dalgo de la casa del Príncipe, que se decia Rey, é del Arzobispo de Toledo avian fecho voto solene, que todos é cada uno de ellos lo buscarían por toda la hueste de la batalla, quando se diese, é lo prendrían ó lo matarían, ó perderían la vida en aquella demanda; é que le rogaba, é le requeria como amigo, que á la batalla no saliese con armas conocidas, porque le sería en peligro de su vida y de la honra. El Duque respondió al Rey d'armas: «Decid al señor Arzobispo, que yo gelo tengo en señalada merced, porque me paga la debda de buen amigo; pero que en los tales tiempos conviene á los caballeros salir señalados, é mostrarse á sus enemigos, porque la honra siempre cuegla del peligro. E por tanto á vos como oficial de armas requiero que á los caballeros que así han jurado de me prender ó matar en la batalla, les digáis que las armas é la insignia con que yo he de pelear en la batalla, son las que aquí vedes: por eso cumple que las conozcáis, é se las sepáis blasonar, para que por ellas me conozcan é sepan quien es el Duque de Alburquerque.» E mandó dar una ropa de seda y dineros con que se tornase, é tornado el Rey d'armas, notificó á los caballeros que avian fecho aquel voto.

## CAPÍTULO XCIV.

Como el Marqués de Villena se hizo Maestre de Santiago.

En el tiempo que así estas cosas pendían y estaban en vigilia de tanto rompimiento sin esperanza de concordia, de que tantas muertes é daños se atendían, Don Juan Pacheco, Marqués de Villena, que con su hambrienta codicia no dormía, avia buscado sus formas é maneras astutas con los Comendadores de la Orden, que le diesen el hábito de Sanctia-

go, é le eligiesen por Maestre. E así con la mayor parte é mas principal dellos era ido á la villa de Ocaña, adonde rescibió el hábito, é fué luego eligido por Maestre de Sanctiago, y obedecido por todos los caballeros de la Orden; en tal manera, que sin grado ni consentimiento del Rey, ni del Príncipe su hermano, por quien avia de ser renunciado, ni de los perlados é grandes del Reyno, é sin lo consultar con el Papa, no curando de ser proveído por él, absolutamente se intituló Maestre de Sanctiago. ¡O desvergonzado caballero, ingrato criado, y desleal servidor! que por subir en tan alta dignidad, abastiste la grandeza del que te puso en tan alto estado, disipaste su honra, denigraste su fama, denostaste sus reynos, sus gentes y nacion. Por poner la espada de la caballería en tu pecho, pusiste á cuchillo tanta gente é inocentes, que murieron por tu cabsa: por hacerle Maestre, destruyste á quien te hizo, cabsaste infinitos robos, hiciste muchas viudas, desabrigaste muchos hijos de sus padres, é desconsolaste á tantos padres de sus hijos. Por intitularle de Maestre, intitulaste tu persona con feo renombre y dejaste á tus hijos con vergonzoso apellido. Dime, pues, agora, caballero tirano, ¿qué te pudo aprovechar la honra transitoria de tan breve tiempo, quando el pregon de tu infamia irá de gentes en gentes y quedará por memoria quanto el mundo durare y parieren las mujeres?

## CAPÍTULO XCV.

Como el Arzobispo de Toledo é los otros caballeros, que estaban en Olmedo con el Príncipe, se pusieron en armas é salieron al campo para resistir el paso de Medina al Rey é á sus caballeros.

Quando el Arzobispo de Toledo, é los otros caballeros y capitanes que estaban en Olmedo, supieron como el Rey con sus batallas ordenadas iba á socorrer á Medina, y querían pasar por delante de las puertas de Olmedo, determinaron de se poner en armas é resistir la pasada. E así ajuntadas sus gentes, quanto mas presto pudieron, salieron á ponerse en el campo muy juntos con los muros de la villa; de tal guisa, que por aquella parte pudiesen tener seguras las espaldas. E quanto quiera que así estuviesen puestos en armas en el campo, bien quisieran que la batalla é el rompimiento de ella se escusara, con tanto que el Rey con su hueste se fuera por otra parte. E puesto que para ello enviaban algunas personas religiosas que se lo suplicasen é requiriesen, mas no con aquella reverencia é acatamiento que como subditos debían tener á su Rey, mas como soberbios é rebeldes enemigos. Verdad es que el Rey estaba muy ganoso de estorbar la batalla y traer las cosas á conclusion de paz, si ser pudiera; pero vista su desonestidad é poco acatamiento, dió consentimiento á la rotura, é quiso todavia que la pasada fuese por delante de las puertas de Olmedo. E otro día siguiente, que fué Jueves, día de Sanct Bernaldo, á veinte dias de Agosto se

levantó de mañana el Rey; el qual, oyda su Misa é todos los otros Señores en sus tiendas, mandó tocar sus trompetas para que todos cabalgasen é se pusiesen en orden de caminar. E así llamados aquellos señores é caballeros del real, é venidos ante su Real presencia, les dixo: «Sin dubda, caballeros, mucho me pluguiera que el rigor de la batalla fuera hoy escusado, así porque las muertes, de donde mayor enemiga recrece, se quitaran, como porque de la guerra nunca procede amistad ni concordia. Pero considerando la poca templanza é menos acatamiento del Arzobispo de Toledo é de los otros caballeros é grandes que están en Olmedo contra mi servicio, é visto como quieren mostrar mas soberbia que obediencia, é mas presuncion que cortesía, sin venir en conocimiento de sus yerros, que con tanta fealdad han ensayado, quiero contra mi grado dar lugar al rompimiento que hoy se espera. E pues que vosotros como leales, haciendo lo que debeis, é pagando la debda de vuestra nobleza, soys alegres é contentos con la batalla, yo conformándome con vuestro deseo é animoso querer, doy á ello mi consentimiento con protestacion que hago, tomando á Dios por juez y testigo, que me desplace de ello, y que sería más contento con su obediencia que con la rebeldía que tienen, permaneciendo como están en su dañado propósito de deslealtad. Por tanto ordenad vuestras batallas é vamos contra ellos; porque soy cierto é tengo tal seguridad de la grand bondad de Dios, que nos dará hoy vencimiento contra su soberbia; en tal manera, que serán abatidos los enemigos, é nosotros prosperados.» Dicho aquesto, mandó que Don Pedro de Velasco fuese delantero de cara los enemigos, é los otros caballeros é señores en pos de él. Estonces las batallas se ordenaron de aquesta guisa: Don Pedro de Velasco llevaba tres batallas; á su mano derecha iban Don Luis de Velasco y Don Sancho sus hermanos con una esquadra de trescientos ginetes; á la mano izquierda iba Don Juan de Velasco, su primo, el Señor de Siruela, con otra batalla en que iban ochenta hombres d'armas; Don Pedro de Velasco iba en medio con otra esquadra de trescientos é veinte hombres d'armas; en pos de aquestos iba Don Diego Hurtado de Mendoza, Marqués de Santillana, con dos esquadras; él llevaba la una de ducientos hombres d'armas; el Obispo de Calahorra, é Don Juan de Mendoza, é Don Hurtado de Mendoza, sus hermanos, á la parte derecha con otra esquadra de ciento é cinquenta ginetes; y el Comendador Juan Fernandez Galindo llevaba una esquadra de trescientos ginetes de las guardas mal armados; é por eso fué acordado que se pusiese á la mano izquierda del Marqués de Santillana; en pos de aquestos iba Don Beltran de la Cueva, Duque de Alburquerque, con dos batallas; él llevaba una de ciento é cinquenta hombres d'armas, é Don Pedro de Velasco á la mano izquierda con otra esquadra de ducientos ginetes. E quanto quiera que aquel día suplicaron al Rey que mandase sacar su pendon Real ó alguna de sus banderas, respondió

que pues él no traía batalla de gente d'armas, que no era razón que su pendon Real saliese al campo, ni se desplegara tampoco bandera ninguna.

## CAPÍTULO XCVI.

Como el Arzobispo de Toledo é los otros caballeros que estaban en Olmedo ordenaron sus batallas.

Los enemigos de que vieron que la batalla no se podía escusar, y que el Rey con sus gentes se iba á pasar derecho por donde ellos estaban puestos en el campo, ordenaron sus batallas en esta guisa: la batalla primera adonde pusieron al Príncipe, su rey que se descia, era de seiscientos rocines, hombres d'armas é ginetes, y de aquesta batalla era capitán el Arzobispo de Toledo, é Don Diego de Quiñones, Conde de Luna. En medio de aquesta batalla estaba una lombarda armada, para tirar á los primeros encuentros; de aquesta misma batalla eran sobresalientes el Conde de Ribadeo y Pedro de Ontiveros, capitán de la gente del Conde de Plasencia, con ducientos ginetes. Estaba á par de aquesta batalla otra de quatrocientos hombres d'armas é ginetes, de la qual era capitán Don García de Padilla, Clavero de la Orden de Calatrava; estaba otra batalla de quinientos é cinquenta rocines de diversos caballeros que los avian enviado; de aquesta batalla era capitán Don Fernando de Fonseca, hermano del Arzobispo de Sevilla. E puesto que así estaban en el campo ordenadas sus gentes, todavía quisieran que el rompimiento se escusara. E así enviaron al Rey á Mosen Pierres de Peralta, Condestable de Navarra, y consuegro del Arzobispo de Toledo, para que le suplicase que aquella batalla se escusase, considerando las muertes, é daños, é males que de allí se podrían reserrescer. E como ya sus batallas iban acercándose á mas andar á sus enemigos, aprovechó poco su venida, por manera que su rotura no se pudo excusar. Pero puesto que los caballeros leales de la parte del Rey, como animosos y esforzados varones, se pusieron á pelear con asaz denredo, fueron tan malamente proveydos, que dexaron la persona del Rey sin gente alguna que la guardase, ni quedaron con él sino quatro ó cinco de á caballo é Mosen Pierres de Peralta, parcial de los enemigos é poco servidor del Rey. Y no solamente fueron negligentes en esto, mas todo el fardaxe que traían, aunque era mucho, se quedó tan desacompañado, que ninguna gente de resistencia pusieron para guarda, salvo los azemileros é mozos de espuelas, que supieron mas huir que defender.

## CAPÍTULO XCVII.

Como pelearon las batallas, y fueron los enemigos del Rey vencidos.

Luego que las batallas se vieron unas á otras, la pelea se ordenó de aquesta forma: que Don Pedro de Velasco pelease con la batalla principal del Príncipe, donde el Arzobispo de Toledo era capitán; el Marqués de Santillana é sus hermanos é Juan Fer-

nandez Galindo con la batalla del Clavero de Calatrava; el Duque de Alburquerque con la batalla de Hernando de Fonseca. Y así arremetiendo los leales contra los enemigos, el Marqués de Santillana hirió primero en la batalla del Clavero, donde mezclada la esquadra del Comendador Juan Fernandez Galindo, fué luego desbaratada; porque yendo con flacas é pocas armas, no pudieron sufrir la furia de los contrarios, é así la mayor parte de ellos huyeron; pero el Marqués con su gente hirió tan bravamente en la batalla del Clavero, que por pura fuerza la hendió por medio, é la desbarató de tal manera, que bolviendo sobre ellos no halló con quien pelear que resistencia le hiciese. Don Pedro de Velasco envió delante de sus batallas á Don Juan de Velasco su primo, con su esquadron de ochenta hombres d'armas, que hiriesen primero en la batalla principal del Príncipe; el qual se adelantó un buen trecho, y entró como caballero esforzado con tal denredo, que hendió la batalla é se puso de la otra parte hácia la villa de Olmedo, é pasando, derribó su pendon y llevólo consigo. En pos de él entró Don Pedro de Velasco con las otras dos batallas, é hirió tan de recio en ellos, que los llevó de arrancada sin resistencia ninguna hasta las puertas de Olmedo. Allí fué herido el Arzobispo de Toledo en el brazo izquierdo, é preso el Conde de Luna sobre su fé, puesto que despues no quiso acudir á ella, aunque fué llamado por Don Juan de Velasco que le prendió. E como Don Juan de Velasco avia hendido aquella batalla, é pasado por medio de ellos hasta la otra parte, no conociendo que Don Pedro de Velasco la llevaba de vencida sin resistencia, pensando que toda la batalla del Príncipe y del Arzobispo iba á dar en él, huyó de la batalla con su gente, y no se halló en el destrozo de los enemigos. Huyó así mesmo Don Juan de Mendoza, hermano del Marqués de Santillana; pero Don Pedro de Velasco aquejó tanto á los enemigos, que los hizo meter entre la cerca é la barrera de la villa, y en algunas iglesias que muy cerca de allí estaban, de tal forma, que ninguno de ellos osaba salir á la batalla. El Duque de Alburquerque con sus dos esquadrones hirió en la batalla de Hernando de Fonseca, y él en la suya, de tal guisa, que cada uno de ellos con los suyos se daba tan grand priesa é buen recabdo á pelear unos contra otros, que bien parecia estar ganosos de menear las espadas: donde así andando en la furia, como el Duque de Alburquerque iba muy señalado, segun lo avia prometido al Rey d'armas, que le fué á avisar del juramento contra él fecho, los caballeros y hidalgos que lo buscaban por el voto hecho contra él, halláronlo allí, é tomado en medio, pusieronlo en grand estrecho, aquejándole que se diese á prision, en tanto grado, que si el Marqués de Santillana su suegro no lo socorriera, todavía fuera muerto, porque jamás se quiso dar á prision. Pero despues que fué socorrido tornó á pelear tan bravamente, que bien parecia tener cobdicia de ganar honra. E así andando peleando en la batalla, halláronse á las manos él y Hernando de

Fonseca, y el Duque le dió un golpe de espada con la punta, que le entró entre la babera é la celada, que le hirió mortalmente en la cabeza, de que murió dende á quatro dias. E como los suyos le vieron así herido é sin esfuerzo para pelear, fueron muy pesantes é prestamente desbaratados. Entretanto que las batallas de los leales iban ganando victoria, y el Rey se avia quedado solo, Mosen Pierres de Peralta, no negando la afición que tenia al Arzobispo de Toledo, é la poca gana de la honra del Rey, hizole creer que los suyos eran todos desbaratados por las gentes de las guardas que al comienzo salieron huyendo, é que si de allí no se apartaba, que á su persona correria grand peligro en estar allí. E así el Rey, creyendo su mentira, se apartó del campo, é se fué á media legua de allí á una aldea, que se dice Pozal de Gallinas, donde se estuvo paseando por las eras, fasta saber alguna nueva de los suyos una gran pieza. En este medio tiempo, como el Conde de Ribadeo é Pedro de Hontiveros andaban sobresalientes á todas las partes del campo sin pelear, desde que vieron que el fardaxe estaba á tan mal recabdo sin guarda ninguna, mas ganosos del interese que no de la honra, dieron en él, y mandaron á los suyos que lo pusiesen á sacomano, en tal manera, que llevaron la mayor parte de ello é lo metieron en la villa de Olmedo. Estonces los caballeros leales, conociendo la gloria de su triunfo, é como ya el campo estaba por ellos, sin resistencia dieron en el Conde de Ribadeo y Pedro Hontiveros, de tal forma, que muy ligeramente fueron desbaratados, é Pedro de Hontiveros preso sobre su fé. E luego que los caballeros leales vieron que sin contradición alguna el campo quedaba por ellos, é ninguno de los enemigos no parecia, acordaron de reposar allí un grand rato cabe de unas anorias á donde ellos é su gente se refrescasen. E así ayuntados, é fecha su pesquisa, hallaron que el pendon del Príncipe Don Alonso, Rey que se descia, era ganado é traydo á su poder con ciertas banderas de sus capitanes, é su alferéz Diego de Merlo herido é preso, é así mesmo el Conde de Luna, é Don Enrique Enriquez, hijo tercero del Almirante sobre la fé, é Pedro de Hontiveros. Estos dos respondieron á la fé, quando fueron llamados á Medina; pero el Conde de Luna no quiso ir, dando algunas vanas excusaciones. De la parte del Rey fueron presos é llevados á Olmedo algunas personas de baxa suerte, no en la batalla, mas porque se apartaron de sus capitanes. Estonces yo que como Coronista avia estado presente, é visto los trances de la pelea fasta el fin, é como ya los enemigos quedaban desbaratados é vencidos, busqué al Rey, pensando que estaba allí donde se avia quedado á mirar, é fallé que por falsa relacion mentirosa se avia ausentado del campo, de que sin duda fui maravillado. E así sabido su apartamiento, fuí á buscar á grand priesa por el rastro hasta el aldea donde estaba, y hallándole le dixé: «¿Como los Reyes que son vencedores, é pelea Dios por ellos así se han de arredrar de su hueste, que tan varonilmen-

te han alcanzado la gloria de su triunfo? Andad acá, Señor, que soys vencedor, é vuestros enemigos quedan vencidos é destruidos.» E quando el Rey oyó lo que así le descia, con alegre risa me dixo: «Coronista, si con tan sanas entrañas como las vuestras me aconsejara el Condestable de Navarra, que aquí estaba aconsejándome, y haciéndome creer lo que él deseaba, é no el efecto de la verdad, ni yo me apartara de donde estaba, ni vos tomárades el trabajo en venirme á buscar; mas bien parece quanta diferencia hay de vuestro leal deseo á su dañada voluntad, que él en son de tratar paz, vino como parcial de los traydores, é vos como leal é verdadero servidor me traéis nuevas placenteras é de tanta gloria; é así despedido el Condestable de Navarra se tornó á Olmedo, mas avergonzado que con placer. Estonces el Rey salió al encuentro de sus leales servidores, que venian con tan prospera victoria; é vistos, escribió una carta de su mano para los de Medina, é mandóme que yo fuese á mas andar á notificarles el suceso de la batalla, é que los aposentasen aquella noche lo mejor que pudiesen; pero porque era peligro ir desacompañado, mandó á Pedro de Sandoval que me acompañase con veinte de á caballo que traía. E así llegado á Medina, vista la carta é la relacion que les hice de la victoria con que el Rey venia, no solamente se alegraron, mas con mucho amor obedescieron quanto en nombre del Rey les mandaba. E puesto luego por obra, abrieron todas sus puertas, é hicieron grandes hogueras por las calles, é pusieron lanternas á las ventanas, en tal manera, que parecia ser de dia segun la mucha claridad que se mostraba. Pasado un grand rato de la noche, entró el Rey con toda su hueste, donde fueron rescebidos, no solamente en la villa, mas dentro en sus casas con grand alegría aposentados; porque segun venian fatigados de la pelea é del camino avian menester reposo é descanso. E quando sentí que todos estaban ya sosegados, mandé á los de la villa que pusiesen luego guardas grandes por sus estancias contra los de la Mota, por manera que no pudiesen salir á hacer algun rebato ni mal alguno.

## CAPÍTULO XCVIII.

De lo que subcedió en Medina despues que allí vino el Rey con su hueste.

Venido el dia siguiente, fué acordado por aquellos leales servidores é caballeros que para regradar á Dios la grand victoria que les avia dado contra los enemigos tiranos, se hiciese una procesion solene desde la Iglesia de Sanct Antolin hasta el Monesterio de Sanct Andres, que es de la Orden de Sancto Domingo, en que por el medio de ella llevarán casi rastrando el pendon Real é las otras banderas de los enemigos que avian ganado en la batalla con tanta gloria. Verdad es que como el Rey era tan poco amigo de la presumpcion é vanagloria, no quisiera que ninguna cosa de aquellas se hiciera, salvo solamente la procesion; pero el Obispo

de Calahorra insistió todavía que se llevasen allí las banderas; é así llevadas se colgaron delante del altar mayor del dicho Monesterio, donde estuvieron por algun tiempo. Sonada la nueva de la victoria por el Reyno, muchos caballeros se vinieron á servir al Rey, entre los quales se vino luego Don Pedro Manrique, Conde de Treviño con ducientos rocines, é vino Pedro de Mendoza, Señor de Almazan, con ciento cinquenta de á caballo é grand peonage, é otros de menor estado que venian con la gente que podian. E vinieron de la villa de Valladolid ciento de á caballo, é grand peonage, é otras muchas gentes diversas que con afición lo vinieron á servir, deseando su prosperidad y la destruición de sus enemigos.

## CAPÍTULO XCIX.

Como el Conde de Alva quebrantó su fe y palabra, é se pasó á los traydores.

Pasados algunos pocos de dias despues que el Rey con su hueste fué llegado á Medina, vista la tardanza del Conde de Alva, que no venia, mandó el Rey al Obispo de Calahorra que fuese á hablar con él á la villa de Alva, para que viniese á su servicio segun que lo avia prometido, é dado su fé quando le enviaron medio quento de maravedis con Pezelin su Camarero; donde el Obispo fué, é despues de muchas hablas que entre ellos pasaron, tornó á dar su fe que iria á servir al Rey quando su gente fuese ayuntada. E así el Obispo se tornó mas dudoso que cierto, segun lo que pudo sentir, porque sabia que era caballero movible, é de poca firmeza, mas amigo del interese que no de la honra. E como él era persona de captelosas formas, solamente fué su tardanza para concertarse con los enemigos y deservidores del Rey, esperando la venida de Don Juan Pacheco, Marqués de Villena, que avia ido á Ocaña para hacerse Maestre de Santiago; é luego que fué venido á Olmedo hecho Maestre, fué concluido su concierto con ellos de aquesta guisa: que Don Juan Pacheco, el nuevo Maestre de Santiago, le entregase á Montalvan, y el Arzobispo de Toledo la Puente del Arzobispo, para seguridad de ciertos vasallos que le prometieron. E quando aquesto le fué entregado, envióse á despedir del Rey con un caballero de su casa que se llamaba Pedro de Barrientos; é despedido, pasóse luego á los enemigos con quinientos de á caballo hombres d'armas é ginetes. Aquesta maldad que así hizo, pareció tan fea á los de su partido á quien él se pasó, como á aquellos á quien mintió su fé é palabra; de que todos los de entrambos partidos mormurando descian que se avia vendido en pública almoneda á quien diese mas por él. E no solamente aquesto, mas por todo el Reyno fué tan publicado é avido por muy mal hecho, que los mozos de espuelas se atrevian á descir sin miedo donde quieran que lo vian, ¿quién dá mas por el Conde de Alva, que se vende á cada canton? ¿ay algunos que lo pongan en prescio?

## CAPÍTULO C.

Como el Papa Paulo, sabida la novedad de los caballeros é perlados desleales, envió al Obispo de Leon Antonio de Veneris por su Nuncio Legado, á tratar paz entre el Rey é sus desleales enemigos; é vino allí á la villa de Medina, y le fué hecho el rescibimiento que se le debía.

Quanto las novedades son mas criminosas, tanto el pregon de aquellas corre con mayor priesa, y publica sus males por todas partes. E como el insulto de los desleales enemigos, que se rebelaron contra su señor é su Rey natural, fué de tan grand fealdad é desvergozado atrevimiento qual nunca jamas fué oydo ni visto, entre todas las naciones fué condenado, é avido por muy abominable caso é disoluto yerro. Lo qual llegado á las orejas del Papa Paulo II, que por estonces era Summo Pontifice en la Iglesia universal, aviéndolo por cosa denostable, con consejo é acuerdo de sus Cardenales fué determinado que enviase su Nuncio Apostólico con poderío de Legado ó *Latere*, para que amonestase á los perlados é caballeros que se avian rebelado contra el Rey, se tornasen é su obediencia, é para que persuadiese al Rey, que benignamente los perdonase, é tornase en su servicio. Aqueste Nuncio se llamaba Antonio de Veneris, que era Obispo de Leon. El qual como llegó á Medina del Campo despues de la batalla, é fuese notificada su venida al Rey, mandó que le fuese fecho aquel solene rescibimiento é honra que á semejante nuncio pertenecia. E así fué rescibido por los perlados é capellanes del Rey é con la clerecia en procesion hasta la Iglesia. E luego desde allí se fué al Palacio Real, donde el Rey le rescibió con mucha graciosidad. Estonces el Nuncio, dado el Breve del Papa, le dixo: «Serenísimo Rey, nuestro muy Sancto Padre, sabiendo la discordia y escisma que algunos Perlados é caballeros de aquestos vuestros Reynos con poco temor de Dios perpetraron contra vuestra celsitud, aviendo este caso por muy exorbitante y con doliéndose de ellos, como él sea Vicario de Jesu-Christo, á quien pertenece remediar lo semejante é quitar las discordias é sembrar paz é sosiego, su Santidad como verdadero padre espiritual de la religión Christiana me mandó venir acá, para entender en ello. Por tanto á vuestra Magestad de su parte exorto é requiero como á catholico Rey Christiano, quiera obedescer sus mandamientos Apostólicos, en tal manera que vuestras reales entrañas se inclinen á la piedad, é quieran ser convencidas de lo que yo le suplicaré, é su Santidad vos envia á mandar, segun que vuestra Alteza por su Breve podrá sentir y ver; porque la rotura de las guerras, de donde las muertes suceden, del todo cese, é la tranquilidad é sosiego puedan permanecer en aquestos vuestros Reynos. Ca sabida cosa es é muy cierta, que de los Reyes se espera la clemencia, y á ellos pertenece la virtud del perdon.» Acabada su habla, el Rey leyó el Breve del Papa, é leydo, sin tomar acuerdo ni deliberacion para res-

ponder, con grand tiento é mucha gravedad, le dixo: «Bien parece sin dubda que nuestro muy Sancto Padre ha querido manifestarnos quanto es recto Pontifice é verdadero subcesor de Sanct Pedro en el poderío de Jesu-Christo, que siguiendo las pisadas de aquel, tan cumplidamente nos da testimonio de su Apostólico deseo y paternal afeccion. Yo se lo agradezco quanto puedo, y gelo tengo en señalada merced, é por ello beso los pies é las manos de su Santidad. Verdad es que si los perlados é caballeros que son errados contra mí en tanta ofensa de sus honras, quisiesen venir á mi servicio con tan sanas entrañas como yo tengo las mias aparejadas para perdonallos, muy prestamente se haria la paz. Mas como ellos sin cabsa han perpetrado tan feos insultos é feas maldades quanto su conciencia los acusa, así los remuerde, que ellos de sí mesmos sospechando, nunca se perdonan ni tienen seguridad; y por esto quiero creer, y aun afirmo que segun estan endurecidos en su dañado propósito de rebeldia, que tarde ó nunca se osaran confiar, ni mucho menos los podréis atraer al conocimiento de sus culpas, para que ellos se conformen con la gana que yo tengo de excusar los escándalos é procurar sosiego; porque á los Reyes pertenece como á padres de sus reynos perdonar las ofensas, é olvidar sus propias injurias, sin tomar venganza de ellas. Yo desde agora digo é afirmo é doy mi palabra real, que si vinieren á mi servicio como súbditos naturales, no solamente los quiero perdonar, mas hacelles mercedes y acrecentalles sus estados. Por tanto pues vos para esto sois venido, y su Santidad vos envia, mirad que yo como hijo de obediencia obedezco su mandamiento, é me place complillo.» Acabada su habla del Rey, el Nuncio se despidió é se fué á su aposentamiento. En este medio tiempo, como Don Juan Pacheco, Marqués de Villena, estuviese en Ocaña, donde ya se intitulaba Maestre de Santiago, de donde nació la enemistad capital entre él y su hierno el Conde de Benavente, segun que adelante será contado, llegó la nueva de la batalla, é sabido todo el suceso de ella, pesóle mucho; é así llegada toda la gente que pudo de hombres d'armas é ginetes, se tornó á Olmedo, donde llegado, increpó mucho el rompimiento de la batalla; y como traia grand socorro de gente, fué muy bien rescibido. Estonces el Nuncio Apostólico, por dar buena quenta del cargo que traia, mandó publicar sus cartaspatentes, por las quales mandaba á los caballeros, así de la parte del Rey, como de los escismáticos, que estaban en Olmedo, só pena de excomunion papal, que todos depusiesen las armas; é depuestas, les ponía inducias é treguas por un año, para que entretanto se diese medio de paz y de concordia, é los rebeldes se tornasen á la obediencia de su Rey. Mas como los caballeros é perlados que estaban en Olmedo, segun los graves insultos que avian cometido, tenían puesto el temor de Dios é la vergüenza del mundo, no curaron de obedescer sus mandamientos, antes con grand menosprecio burlaban de él. Con todo le

enviaron á descir que saliese á verse con ellos en el campo, á cuya instancia el Nuncio salió. E salido entre Medina é Olmedo, esperando la venida de los principales que se avian de venir á ver con él, vinieron de sobresalto mas de trescientos de á caballo muy furiosamente sobre él, disciendo «muera, muera», y disparando palabras muy desvergonzadas contra él, y contra el Papa que lo avia enviado, queriendo poner las manos en él, de que sin dubda el Nuncio se vido en grand peligro. E así despues de rescibidos muchos ultrages é tratado con mucho vituperio, salieron á él el Maestre Don Juan Pacheco y otros muchos caballeros de los que estaban en Olmedo, donde la habla fué mas engañosa que cierta; de tal guisa, que sin ser obedescidas sus censuras, ni él ser acatado como la razon lo requeria, se tornó medroso é con poca honra á la villa de Medina del Campo.

## CAPÍTULO CI.

Como Pedrarias de Avila vendió la cibdad de Segovia á los enemigos del Rey, y los apoderó en ella.

Al tiempo que el Rey se quiso partir de Segovia para dar la batalla, fué avisado que Pedrarias de Avila trataba con los enemigos para dalles la cibdad y metellos dentro. Mas el Rey confiándose en las muchas mercedes é honras que al padre é á los hijos avia fecho, é visto que le avia dado la contaduria mayor de su padre, y fecho merced de Torreon de Velasco por la traycion de Alvar Gomez, cuya era primero, é las muchas riquezas que, por ser suyos, avian ganado, con que mercaron los vasallos y heredamientos que tenian, é como avia fecho Obispo de Segovia á su hermano Juan Arias, no lo quiso creer; antes mandó llamar á entrambos hermanos, é despues de aver hablado con ellos largamente, encomendóles la guarda de la cibdad, disciendo que de ellos la confiaba. E así tomados grandes juramentos é fidelidades que la ternian é defenderian para su servicio, se partieron para Segovia. Pero como Pedrarias estaba muy sentido, así por la prision que en Madrid le avian fecho, como por la estocada que le dieron, jamás aquel rencor se le apartó del corazon, antes de contino se le trasdoblaba; de tal manera, que desde vido tiempo aparejado para vengarse y executar su saña é dañado proposito, envió secretamente á uno suyo, que se llamaba Luis de Mesa, para que tratase con el Maestre Don Juan Pacheco é con los otros de su partido, que estaban en Olmedo, que les queria dar la cibdad é apoderallos en ella, por vengarse del Rey. De aquesto fueron muy contentos, así el Maestre como los otros perlados é caballeros enemigos del Rey, segund el sentimiento é dolor que sentian de aver sido vencidos é presos algunos de sus capitanes, é perdido su pendon Real. E así fecho el trato, é asignado el dia tercero, en que gela avia de dar, otro dia siguiente se partieron con su Rey é con su hueste camino de Segovia. En el trato de la traycion fueron con él el Obispo de Segovia, su her-